

PG 6573
A1
1905
V. 2

Es propiedad.

Derechos reservados.



FONDO
RODRIGO DE LLANO

IMPRENTA ALEMANA.-ESPIRITU SANTO, 18.-MADRID



DEL MISTICISMO EN LA POESÍA ESPAÑOLA ⁽¹⁾

Fácil era de prever, señores académicos, y bien había yo previsto, la grande satisfacción que íbamos á tener en este día, al quedar completamente confirmado, por el bello discurso que acabamos de oír, el acierto con que procedimos en la elección del Sr. Menéndez Pelayo para ocupar un puesto en esta Real Academia.

No era menester, ni para vosotros, ni para cierto círculo, grande ya en España por fortuna, de personas aficionadas á los estudios serios, que el joven que hoy se sienta entre nosotros diese de nuevo tan brillante prueba de su aptitud. La prueba convenía, no obstante, para que la convicción que nos ha movido á elegirle á pesar de sus pocos

(1) Contestación al discurso de recepción del Excelentísimo Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo en la Real Academia Española, el día 6 de Marzo de 1881.

años, penetrase en otro círculo más extenso, donde se discurre, se vota y se sentencia sobre méritos literarios, donde la discreción y el recto juicio abundan sin duda, pero donde las ardientes contiendas de la política y el perpétuo afán de la industria y de los intereses materiales no dejan vagar ni reposo para examinar con detención el valer de las obras de ingenio, sobre todo si éstas requieren, por su índole, examen más profundo que somero.

La gente que pertenece á dicho círculo forma á veces equivocados juicios, porque falla algo á ciegas, salvo quizás sobre una clase de escritos, cuya lectura se hace con rapidez y sin esfuerzo de atención, ó sobre otra clase de escritos que no es necesario leer, porque se oyen y sirven de espectáculo: la novela y el drama.

Proviene de aquí que todo el que no es autor dramático ó novelista tarde más en llegar con su nombre y con su gloria á ese círculo más extenso. Cuando lo consigue, suele ser en virtud de los continuados encomios y razones de aquellos sujetos de buen gusto, que viven en el círculo más pequeño, y que, apartados de la política y de otros negocios útiles, pero que distraen de estudios y lecturas, se paran á considerar y á pesar las excelencias de los trabajos de quien por primera vez sale á la palestra literaria.

Algo de esto ha ocurrido con el Sr. Menéndez

Pelayo, el cual goza ya de bastante popularidad, habiendo sido, al menos en parte, reconocido su mérito; pero no pocas personas tiran á rebajarle, fundándose en vulgarísimos errores, que será bueno desvanecer.

Con dificultad se concede el entendimiento. El entendimiento se escatima. ¿Quién no es avaro para darle? Se diría que lo que da cada uno es como si á sí mismo se lo quitara. La memoria, en cambio, se prodiga sin pena, como si no hiciese falta, ó como si no importase alta superioridad el poseerla. Hasta los mayores enemigos otorgan buena memoria á quien desean denigrar con sátira encubierta ó implícita en la alabanza. Presumen que la cantidad de memoria que conceden, la sustraen del entendimiento del alabado, cuyos triunfos se explican de manera menos honrosa, negándole originalidad y fantasía.

En lo expuesto me fundo para no admitir, sin reparos y restricciones, los desmedidos elogios que oigo hacer por ahí de la portentosa memoria de nuestro nuevo compañero.

Imposible es que alguien sea erudito, literato ó sabio sin buena memoria. Calidad es ésta que se requiere para cualquiera de dichos oficios ó profesiones; pero también se requiere buena voz para ser orador, y no sabemos que Estentor perorase más gallardamente que Ulises. Sin duda que el se-

ñor Menéndez Pelayo tiene buena memoria; pero con su buena memoria se hubiera quedado si no poseyese otras facultades más altas, por cuya virtud su buena memoria le vale. El pintor necesita buena vista, y el músico buen oído; pero hay hombres que tienen vista de lince, y no pintan, ó pintan mal, lo que es peor; y otros que tienen oídos de fístico, y no cantan ni componen óperas ni sinfonías; y de la propia suerte he conocido y conozco gran número de personas que tienen muchísima más memoria que el Sr. Menéndez Pelayo, y que ni llaman la atención, ni escriben hermosos libros y mejores discursos. La memoria de éstos es como la urraca, que roba de aquí y de acullá multitud de cosas inútiles, y las amontona en desorden, y para nada le sirven; y la memoria del Sr. Menéndez Pelayo es como la abeja, que también toma, pero toma con discernimiento y buen tino, la más pura substancia del cáliz de las flores; y ordenando luego lo que ha tomado, y prestándole no poco de su generosa y natural condición, lo convierte en miel, con la cual endulza y deleita el paladar de los hombres, y en cera, con cuyo resplandor los ilumina, y hace patente la misteriosa belleza del santuario y los altares.

Entendida así la memoria, ¿cómo negar que es nobilísima y utilísima facultad del alma? Tal memoria no es dable sin la energía de carácter, sin la

constancia, sin la laboriosidad y sin otras virtudes. Y aún así, no bastaría todo ello para explicar cómo el Sr. Menéndez ha aprendido, ha escrito y ha enseñado tanto, siendo tan mozo, si no le concediésemos igualmente singular rapidez para comprender las cosas, y claro y ágil entendimiento para clasificarlas y ordenarlas, pues sólo lo bien comprendido, clasificado y ordenado se conserva allí, no se borra ni se confunde, y acude con prontitud cuando se necesita.

A fin de ser excelente escritor, se requiere además, sobre la memoria que conserva, y el entendimiento que ordena, otra facultad que crea la expresión y la imágen de que el pensamiento se reviste, y que concierta y enlaza las palabras, por arte no aprendido, para que tejan el discurso con nitidez, elegancia y fuerza.

Este don de la facundia le posee en grado eminente el Sr. Menéndez Pelayo. Todos sus escritos dan de ello irrecusable testimonio. Casi me atrevo á decir que pecan por lo fáciles. Tal vez, si el Sr. Menéndez Pelayo fuese premioso, sería más sobrio, más enérgico, más original en su estilo.

Los escritores que tienen estilo propio no suelen ser los más disertos. En lo que se hace con extrema facilidad no se pone tanta parte del alma, no va tanto de lo hondo y esencial de nuestro ser,

como en lo que cuesta trabajo y en lo que tenemos que emplear todo nuestro empuje y ahinco.

Por su facilidad, así como el grave cúmulo de sus conocimientos, el Sr. Menéndez ha puesto hasta hoy menos de lo que debiera de su ser en las obras que ha escrito. Yo tengo por seguro que, si bien las más son de erudición y de crítica, habría en ellas otra novedad de pensamiento, miras más singulares y teorías más propias, si el Sr. Menéndez no escribiese tan sin esfuerzo. Las ideas salen á buscarle en tropel, y la palabra adecuada para expresarlas acude ligera y solícita á su labio ó á su pluma. Esto le impide buscar ó hallar en su alma, ó el manantial de donde brotan ideas nuevas, ó el tesoro donde las más peregrinas y sublimes yacen escondidas y olvidadas.

Sin embargo, el Sr. Menéndez, á pesar de este abandono ó descuido que de su misma facilidad dimana, da ya muestras de ser lo que llaman ahora un *pensador*. A través del conjunto de sus escritos, se distingue y señala su persona en la república de las letras, con fisonomía propia y hasta con misión determinada, por donde acaso en la historia de nuestro desenvolvimiento intelectual, llegue á marcar período.

En España, así como en Italia y en Francia, al nacer las respectivas lenguas-romances, surgió una literatura propia y castiza, á mi ver, ni con mucho

tan original como la de aquellos pueblos cuya cultura fué primordial y no derivada. La civilización de Lacio no se extinguió jamás por completo, ni aun en el más apartado rincón del que fué Imperio de Occidente, dando origen á completa barbarie. Los siglos más tenebrosos de la Edad Media más parecen crepúsculos que noche. De aquí que toda literatura de los pueblos neo-latinos, hasta en su más inicial desarrollo, semeje renuevo, brote y reverdecimiento en el antiguo tronco, y no planta nacida de raíz, merced al espontáneo vigor de la tierra: sea un reaparecer, un retoñar de la cultura antigua nunca muerta del todo. Los más viejos cantares, los más populares romances y las más locales leyendas, distan mucho de tener la nativa sencillez, el virginal hechizo y la vernal frescura de los himnos del Rig-Veda ó de las rapsodias de la guerra troyana. Lo que se designa con el nombre de *Renacimiento* no es, pues, sino la prolongación de la antigua cultura, restaurada desde que empezó á escribirse algo en las lenguas vulgares neo-latinas. Nuestras literaturas, lo mismo que nuestros idiomas, son vástagos de la literatura é idioma del Lacio.

Con el pleno Renacimiento se estudió, se comprendió y se imitó mejor lo antiguo. De aquí la distinción, más aparente que real, entre la poesía popular y la erudita; pero poco á poco pasó á lo popular todo lo bueno y hermoso que en lo eru-

BIBLIOTECA "RODRIGO DE LLANO"
SECCION DE ESTUDIOS HISTORICOS DE LA
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

dito se había introducido, floreciendo allí y dando fruto cual bien logrado ingerto. Hay quien sostiene que esta imitación de lo clásico, del siglo XVI en adelante, quitó originalidad al ingenio de los españoles. Yo entiendo lo contrario, y la historia literaria viene en mi apoyo. Nuestro teatro, nuestros mejores romances, nuestra más elevada poesía lírica y nuestra más bella prosa son posteriores al pleno Renacimiento. Posteriores son también ambos Luises, Cervantes, Tirso, Calderón y Lope. La imitación no les quitó las fuerzas y el ser propio. Es más: la imitación ya existía. Lo que puso en ella el pleno Renacimiento fué la habilidad que antes no se empleaba. La imitación no fué mayor, sino más juiciosa y feliz, por ser ya los modelos mejor estudiados. Este estudio, por último, y esta afición á lo antiguo, sirvieron de incentivo y aguijonearon la inspiración moderna.

De todos modos, nuestra literatura, aunque rica de elementos propios, está fundada y arraigada en el clasicismo latino. Tiene además de común con la de muchas naciones otro elemento esencial, venido de fuera: la religión cristiana. El genio peculiar de cada pueblo ha prestado después rasgos diversos á estos elementos importados, y ha creado cosas distintas; pero lo fundamental de la importación es idéntico siempre, sobre todo en los pueblos neo-latinos. El mayor ó menor valer de la cultura

de cada uno dependerá, en primer lugar, del mayor ó menor valer de su genio nacional, que algo añade de su condición y naturaleza, combina los elementos y organiza el conjunto. De esta cuestión de primacía no me incumbe disertar aquí. Supongamos que los genios de los tres pueblos son igualmente activos y creadores. En tal hipótesis no se me negará que la mayor abundancia de elementos extraños que han concurrido á formar el habla, la literatura y la civilización en general de cualquiera de los tres pueblos, ha de haber hecho esta civilización, y sobre todo, esta habla y esta literatura más ricas.

Miradas así las cosas, y comparando nuestra cultura con la de Italia y la de Francia, salta en seguida á los ojos una gran ventaja en la nuestra. En el habla y en la literatura de España entra un elemento que falta casi en los demás países del Occidente de Europa: el elemento oriental-semítico, traído por los judíos y por los árabes, y tal vez por los fenicios y cartagineses en más remotas edades. Pero este elemento, si en la parte léxica es algo apreciable, pues acaso cuente sobre mil ó mil y quinientos vocablos, en la sintáxis y en el organismo gramatical apenas lo es, dígase lo que se quiera. Nuestro idioma es ario, es latino, y propende á arrojar, y arroja de sí, no sólo formas, giros y frases, sino palabras semíticas. La mayor parte de las que tie-

nen esta procedencia van cayendo en desuso ó anticuándose, y los que la miramos como primor, elegancia y riqueza del idioma, á quien prestan á la vez algo de peregrino y distinto de los otros romances, pugnamos en balde, ó por traerlas á frecuente empleo, ó por conservarlas en el habla del día. La ciencia rabínica ó mahometana no pudo ejercer en la nuestra influjo superior sino en los siglos medios, durante los cuales nos hizo representar importante papel. Y en cuanto al influjo arábigo y judaico en nuestra bella literatura, bien puede afirmarse que, hasta por confesión de los más entusiastas arabistas y hebraístas de ahora, fué y es menor de lo que en otro tiempo se ha imaginado. No obstante, y aunque le quitemos importancia, es innegable que el elemento semítico, á más de que ha de formar parte de la sangre que corre por nuestras venas, ha entrado en nuestra lengua y en nuestra poesía por mucho más que en las de Italia y que en las de Francia. En cambio, Francia é Italia cuentan con un elemento más rico, más fecundo y más afín, con el cual apenas hasta hoy contamos nosotros. Este elemento es asimismo más esencial y fundamental.

La lengua latina, de donde la francesa, la italiana y la española proceden, es tan antigua en su raíz ó más que la helénica. El origen inmediato de nuestros idiomas está en el latín, y no hay para

qué ir hasta el griego. Yendo hasta el griego, pasaríamos de una rama á otra, en vez de acercarnos al tronco. Pero lo que acontece con el idioma, no acontece con la literatura. En lo profano, en todo aquello que antes se designaba y comprendía bajo el título de *humanidades*, esto es, en todo saber, arte y disciplina, que no tienen algo de revelado y sobrenatural, Grecia es fecunda y casi única madre de la civilización europea. El mismo Lacio agreste recibió de ella todo saber, vencido y cautivo por las letras cuando la venció y cautivó por las armas. Salvo pocos gérmenes informes de indígena cultura, y salvo algo propio que pudo añadir el genio de los antiguos pueblos de Italia, griegos de origen muchos de ellos, todo fué allí imitación elegante y erudita, pero imitación, al cabo, del saber helénico: epopeya, teatro, lírica, filosofía, historia y hasta leyes.

Los helenistas españoles, sobre ser pocos, ó no tuvieron disposición para ello, ó no nacieron en ocasión propicia. Lo cierto es que su influjo y su gloria, como tales helenistas, se han encerrado dentro de límites harto mezquinos. Los más célebres lo son por otras aptitudes y trabajos. Así Arias Montano, el Brocense, Gonzalo Pérez, el Padre Scío de San Miguel, Castillo y Ayensa y Conde. El espíritu de Grecia jamás ha sido estudiado y comprendido bien en España, sino á través de sus

imitadores latinos. Las huellas del helenismo son, en toda edad, más hondas en Italia y en Francia que en España. Nuestro clasicismo español rara vez ha pasado del latín. Con frecuencia se ha contentado con estudiar á los italianos y á los franceses. Esto nos ha perjudicado mucho. No bebe agua limpia quien la toma de la derivada corriente, á la que se han mezclado el caudal de otros arroyos, y tal vez la tierra removida de los bordes, sino aquel que aplica los labios al mismo manantial de donde brota la abundante vena con pureza no turbada. Por esto, acaso, si bien nuestras letras brillan por la pompa, la lozanía y la gala de color y de adorno, carecen á menudo de aquella corrección y sobriedad, y de aquella medida llena de buen gusto y de armonía, que en raras ocasiones obtiene el propio instinto como gratuito don del cielo, y que suelen adquirir y poner en sus obras los que estudian, contemplan y comprenden, con amor y entendimiento de hermosura, los inmortales y casi acabados modelos de la Grecia antigua.

Este estudio, lejos de destruir la originalidad ó de menoscabarla, la ha aumentado y corroborado en Francia y en Italia, sobre todo desde principios de este siglo ó fines del pasado, dando extraordinario impulso á la lírica, gracias á la inspiración de Andrés Chénier, de Hugo Fóscolo y de Leopardi.

Lo mismo anhela hacer en España Menéndez Pelayo. Para ello no basta, ni él posee sólo, la erudición. Nuestro nuevo compañero posee igualmente el sentido profundo de la belleza, la capacidad instintiva de percibirla y hacerla suya, y el amor que infunde. Para ser amado de las Musas es menester amarlas con amor entrañable, y él las ama. Para que ellas inicien en sus santos y dulces misterios, y muestren los recónditos tesoros que ocultan al profano vulgo, es menester vencerlas con el afecto y con la devoción. Es menester que las musas juzguen al mortal digno de su favor y confianza, y capaz de trasplantar al suelo patrio, con esmero y sin ajarlas, las delicadas y mágicas flores que ellas cultivan.

Lo único que para esto tal vez falta al Sr. Menéndez Pelayo, no es falta, sino sobra. Su prontitud de comprensión y de producción le perjudica. Comprende y expresa pronto, y de aquí algún desaliño. No hay en él aún aquella escrupulosidad respetuosa, aquel detenido afán que debiera. Su Pegaso pide, más que espuela, freno.

A pesar de estos lunares, los versos del Sr. Menéndez tienen notorio valor: hay en ellos carácter propio, y, sin dejar de ser españoles y castizos, traen á nuestra poesía nacional extrañas y primorosas joyas, con que nunca ó rara vez antes se engalanaba.

Si como poeta no es popular aún el Sr. Menéndez, me atrevo á pronosticar que lo será con el tiempo. ¿Fueron, por dicha, populares desde el principio Boscan y Garcilaso? Así Menéndez, que viene á aportar un nuevo elemento á nuestra patria, tiene que ser al principio tan poco popular como ellos. Andrés Chénier goza hoy de más fama que en vida y que poco después de su muerte, á pesar de que su intervención en la política, su oda contra Marat, y su fin trágico, debieron realzar su mérito literario y acrecentar su brillo.

Y no se diga que quien en cierto modo reproduce lo antiguo, ni piensa ni siente como en el día, y que su poesía es anacrónica. La belleza de la forma es inmortal; no pasa de moda nunca, y por ella las antiguas imágenes, fábulas y alegorías renacen y cobran juvenil frescura, y adquieren significación más alta, cuando una fantasía valiente se hunde en el seno de las edades remotas, y de allí las trae á la vida actual y á la luz del sol que hoy nos alumbrá. No de otra suerte robó Fausto del seno de las Madres á la hija de Leda, la cual apareció tan hermosa y deseable como en el momento en que, desde los muros de Ilion, enamoraba á cuantos la veían, al ir á presenciar la lucha por su amor entre Paris y Menelao. El que tiene mente y corazón, y mira el espectáculo del mundo, de la historia en su largo proceso, y de la vida humana con sus sentimientos

y pasiones, se pone en medio del raudal de los siglos y del movimiento incesante de las inteligencias, y cuanto dice es tan nuevo como puede y debe ser, aunque se revista de forma antigua, si hemos de llamar forma antigua á la forma bella.

Para mí, pues, más que por erudito, más que por gramático, más que por humanista, aunque estas condiciones le hacían idóneo para ser Académico, lo cual, no sólo es premio y distinción honorífica, sino función ó empleo, el Sr. Menéndez está aquí por poeta. Mientras que el vulgo le reconoce y proclama como tal, en lo que si tarda, es por lo insólito ó inaudito de su canto, justo es que le reconozca y proclame, no la Academia Española, que no debe imponer su autoridad ni comprometerla, sino un individuo de su seno, que espera no ser desmentido, ni por el juicio de la posteridad, ni por la opinión pública ilustrada de la edad presente. Yo no le califico, declarándole superior á este ó al otro compatriota y contemporáneo suyo. Digo sólo que, si escribe con más cuidado, será más, influirá más y valdrá más en España, que en Francia Chénier y que Fóscolo en Italia. Por lo pronto, de lo que menos carece es de inspiración. Su virtud poética, que no desmerece de la de aquellos dos ilustres extranjeros que he citado, campea y da clara razón de sí en traducciones, y también en obras propias, como la *Epístola á Horacio*, la

Epístola á sus amigos de Santander, la Galerna, y, sobre todo, los versos amorosos á Lidia. Si esta dama no es fantástica, y no creo que lo sea, porque no hay dama fantástica que infunda tan verdadera pasión, bien puede andar orgullosa de haber sido cantada con ternura, elegancia, sencillez y primor que rara vez se emplean.

Del género de estudios y gustos del Sr. Menéndez Pelayo han salido ciertas opiniones que forman sistema, algo como embrión de una filosofía de la historia. Para cifrar este sistema en una palabra, me atrevo á inventarla, aunque sea larguísima y le llamo el *pan-greco-latinismo*. La soberbia de ingleses, franceses y alemanes, el desdén con que miran en el día á los pueblos del Sur de Europa considerándolos irremisiblemente decaídos, cuando no radicalmente inferiores, y conformidad ruin con este desdén de muchos sujetos descastados, que desprecian la tierra y la casta de que son, por seguir la corriente y mostrarse como rarísima excepción de la regla, han contribuído también, por espíritu de protesta, á que el Sr. Menéndez se haga *pan-greco-latino*. El abatimiento, el desprecio de nosotros mismos ha cundido de un modo pasmoso; y aunque en los individuos, y en algunas materias, es laudable virtud cristiana que predispone á resignarse y á someterse á la voluntad de Dios, en la colectividad es vicio que postra, incapaci-

ta y anula cada vez más al pueblo que le adquiere.

Por reacción contra este vicio ha nacido en el alma del Sr. Menéndez cierto injusto y airado desdén hacia los pueblos del Norte, y sobre todo, hacia los alemanes, cuyos sabios, dicho sea de paso, son los que mejor nos tratan, los que más nos estiman y hasta los que más á fondo conocen ya al Sr. Menéndez, y le celebran, y llegan á reírle como gracia paradójica é ingeniosa, y como sátira aguda, la crueldad con que suele tratarlos. Ha nacido también en el Sr. Menéndez la creencia de que los pueblos del Mediodía de Europa son los hierofantes de la humanidad, la raza civilizadora por excelencia; siendo extraño que coincida hasta cierto punto en tal creencia con un alemán y con un impío. Haeckel supone que las gentes *alalas*, *antropiscas* y negras como la tizne, que salieron en manadas de la Lemuria y del centro de Africa, no se hicieron parlantes, discretas y progresivas hasta que pisaron las orillas de este sagrado mar Mediterráneo, cuyo litoral y cuyas islas han creado las nobles castas que han traído la cultura, la libertad y el progreso; las cuales castas antes de poner la hermosura en el mármol inerte y frío, la han puesto en sus mismos individuos, blanqueándoles la piel, afilándoles la nariz, y haciéndolos *euplocamos*, esto es, quitándoles las pasas ó los cabellos lacios, y rizándoles na-

tural y lindamente el pelo. Lo cierto es, que las regiones de Europa que el Mediterráneo baña con sus ondas, y particularmente las tres penínsulas que avanzan en su seno, la tierra de Pelops y ambas Hesperias, son para el Sr. Menéndez la patria de la inteligencia, el foco de donde toda la civilización sana, fecunda y alta ha irradiado y se ha difundido por el mundo.

Todo otro foco de civilización, ó vive de reflejo y de empréstito del legítimo foco, ó si tiene y vierte la luz propia, es bastarda y deletérea.

Nace de aquí el amor, nace de aquí la devoción fervorosa que consagra el Sr. Menéndez al gentilismo helénico, y nace también de aquí su intolerante catolicismo desde que empieza la edad moderna. Desde entonces el Sr. Menéndez pone sobre todo el ser católico. Nada bueno hay que no informe y funde esta religión. La reforma luterana es un retroceso: algo, en lo espiritual, como lo que la invasión de los bárbaros y la caída del Imperio romano fueron en lo temporal siglos antes. El predominio de la filosofía alemana, en época más reciente, fué otra invasión no menos funesta contra el imperio filosófico de los pueblos latinos.

Con la independencia de su sistema, y por cima de él, quizá estará en el alma del Sr. Menéndez la fe religiosa. No me incumbe tratar aquí de ella, ni examinar sus quilates. Baste la afirmación para mi

propósito de bosquejar un retrato literario, de que el ardiente catolicismo del Sr. Menéndez cuadra y se ajusta con su sistema.

Asimismo se ajusta con él la constante preocupación del Sr. Menéndez de incluir en libros y discursos, como parte de España, todo lo que á Portugal pertenece. Para el Sr. Menéndez el genio de Portugal es el mismo que el de España. La ciencia y la literatura españolas no se comprenden por completo sin contar con la de Portugal. Por esto, en el libro del Sr. Menéndez sobre la ciencia en nuestro país, en su *Historia de los heterodoxos*, y en la obra titulada *Horacio en España*, que, bajo tan modesto epígrafe, es una excelente historia crítica de nuestra poesía lírica, entran sabios, heterodoxos y poetas portugueses.

En el concepto de Historia universal de nuestro joven compañero, Grecia se adelanta y funda el saber de Europa, en cuanto tiene de humano. Italia une luego á las naciones, les da lenguaje y leyes, las prepara para recibir el Cristianismo, y después, en nombre del Cristianismo, sigue civilizándolas y gobernándolas durante los siglos medios. El papel de España, esto es, de Aragón, Castilla y Portugal, no es, por último, menos brillante.

Hecha ya por Grecia é Italia la educación de Europa, españoles y portugueses, como si la Providencia hallase estrechos los límites de nuestro

continente para encerrar tan gran civilización, y á fin de ensancharlos ó borrarlos los suscitate, abren caminos á distantes, inmensos é ignorados países; descubren otro mundo en que difundirla y la acreditan á la vez, poniendo la base de toda ciencia ulterior en el concepto del planeta que habitamos, magnificado y completo por el arrojo é inteligencia de nuestros gloriosos navegantes. Estos, al descubrir la América, nos dan asimismo idea experimental de las sociedades primitivas; y al visitar el Asia, nos ponen en contacto con las antiquísimas civilizaciones y sociedades del extremo Oriente, preparando la mente humana para que, así como ha agrandado en el espacio el mundo conocido, haga retroceder el término de lo no explorado en el tiempo. Nuestros misioneros, además, son los primeros importadores de idiomas, poesía y saber de los pueblos asiáticos y americanos, y, sobre todo, los chinos, japoneses y arios de la India oriental, por donde ensanchan el horizonte de los conocimientos europeos, siembran la semilla de no pocas ciencias nuevas, como la etnografía y la lingüística, y enriquecen con exóticos elementos nuestra imaginación y nuestras artes.

La parte de España en empresa tan noble casi es superior á la de Grecia y á la de Italia, si sólo se atiende al primer impulso; pero el predominio de España es efímero. Su poder y su virtud pasan

á otros pueblos. Lo que España empieza, Francia, Inglaterra y Alemania lo prosiguen y lo llevan hasta el punto que alcanza hoy. Ellas realizan la ciencia experimental que nosotros inauguramos; del conocimiento de este planeta pasan ellas al más completo conocimiento del sistema solar y el universo todo; y ellas esclarecen y divulgan, con método, precisión y copia de datos, el habla, las artes, la religión y la filosofía de los iraníes, brahmanes y demás pueblos del Asia que nosotros visitamos antes. El imperio material pasa á sus manos también. La raza inglesa prevalece en América sobre la española, y se enseñorea de la India. Por el centro del Asia se abren paso y llevan la civilización los rusos.

Nuestra primacía fué corta. En todo nos sucedieron, de casi todo nos despojaron los pueblos del Norte.

Si fuésemos á investigar aquí las causas de esta rápida decadencia, el Sr. Menéndez y yo estaríamos muy discordes. Para mí, la causa fué el fanatismo unánime (la unidad de fanatismo) que en hora mala se apoderó de nosotros. Los otros pueblos no eran quizás menos fanáticos; pero como el fanatismo tomó entre ellos diversas y opuestas direcciones, los hombres de distintas sectas se combatieron unos á otros, y, no pudiendo destruirse, se allanaron á vivir en paz: primero á tolerarse, y

después á tener la libertad, fuente y condición de todo progreso. En España, en los siglos XVI y XVII, merced á lo casi unánime de las creencias, no hubo guerras civiles religiosas, ni tanta sangre derramada; pero hubo una compresión larga y continua, que acabó por marchitarlo y matarlo todo. Si personificásemos á las naciones, yo me fingiría á Francia y Alemania, en medio de sus furores religiosos, como á tres matronas que caen enfermas con fiebre agudísima, acompañada de violento delirio y de todo linaje de perversas erupciones, pero que al fin sanan, convalescen, desechan el mal humor, y se ponen más robustas que nunca; y á España me la representaría como á otra matrona que no tiene más que una calenturilla lenta y suave (no puede hacerse más benigna apología del régimen inquisitorial), pero esta calenturilla persiste tan tenaz y tan sin tregua, que estraga la salud de la matrona, y la enflaquece y desmedra, hasta que acaba por parecer un esqueleto. Así España al terminar la vida y el reinado de Carlos II. Verdad es que florecieron, en medio de aquel fanatismo, las letras y las artes; pero á la manera del tronco de un árbol, si se cubre de enredaderas, hiedra y otras plantas parásitas, parece más verde, lozano y vistoso, hasta que, oprimido por aquello mismo que tanto le adorna, se seca y se consume.

En aquella virtud que nos animaba y engrande-

cía iba el germen corruptor que había de perdernos. El Sr. Menéndez Pelayo, con todo su ingenio y erudición, no nos demostrará que, en medio del resplandor de nuestras artes y amena literatura, no acabásemos por ser inertes para toda alta cooperación científica, y ciegos y sordos para ver y oír el movimiento de las ideas y el extraordinario progreso de aquellos siglos.

Si de esto se tratara, nuestros discursos serían una controversia. El mío sería, ó procuraría ser, la más completa refutación del de nuestro joven compañero.

Por fortuna, el Sr. Menéndez ha elegido asunto dentro del cual estamos en perfecto acuerdo. No me toca más que ampliar y comentar ligeramente lo que él dice, corroborando sus afirmaciones.

En medio de aquella tiranía mental de los siglos XVI y XVII, cuando la razón de Estado y el fanatismo unánime, fiero sufragio universal, se unaron para obligar á todos los españoles, á las vencidas minorías, á que creyesen, pensasen y sintiesen lo mismo, haciendo embusteros ó hipócritas, ó matando toda iniciativa de pensamiento, algo que está por cima de toda ley se eximió de la tiranía, y allí fué el hombre plenamente libre y dueño de sí: *sus fueros, sus bríos, sus pragmáticas, su voluntad*. En la práctica, este templo, este asilo donde custodiaba el hombre lo que ahora llamaríamos sus de-